manos, y dijo sin perder de vista á los que se alejaban.

—Empiezo á creer que Godefroy tenia razon.

El príncipe, sirviendo de guia al marqués, subió rápidamente las gradas de la escalera monumental que conducia al primer piso, y sin dar un momento de reposo á su compañero, abrió la puerta del salon donde se encontraba Lazarine.

La niña, apoyada en la balaustrada del balcon, se abandonaba á sueños de grandeza y riquezas que complacian á su natural ambicioso.

Ni siquiera se apercibió de que habian abierto la puerta; así que no hizo movimiento alguno, conservando la misma actitud.

La elegante silueta de su figura se dibujaba con vigor en el brillante cielo.

Habíase quitado el sombrero adornado con un velo verde, y su abundante cabellera caía hasta el talle.

—¡Diantre! ¡Comprendo la locura de Roberto!—se dijo Castel-Vivant—el encanto diabólico de esta maga es capaz de trastornar una cabeza mas firme que la de mi noble amigo.

Y despues de este corto monólogo, prosiguió en voz baja:

—Estais en presencia del objeto amado, y antes de un cuarto de hora, por malas trazas que os deis, estará concertado el matrimonio

entre el alto y poderoso marqués de la Tour du Roy y la seductora señorita Lazarine Leroux.

Dicho esto, hizo entrar en el salon al marqués, cerró suavemente la puerte en pos suyo, y se retiró de puntillas con objeto de no interrumpir con su presencia una conferencia decisiva.

Durante dos ó tres segundos el señor de la Tour du Roy, á quien agobiaba de nuevo su timidez, estuvo dispuesto á batirse en retirada; pero el temor del ridículo le devolvió algun valor, y se dirigió pausadamente hácia el balcon.

No se habia quitado el traje de caza que llevaba por la mañana y que le sentaba á las mil maravillas; traje encarnado, pantalon blanco, botas altas con espuelas de plata.

La alfombra apagaba el ruido de los pasos del marqués; pero Lazarine oyó el ruido de las espuelas y se volvió con rapidez.

Al ver al señor de la Tour du Roy, adivinó con su instinto de mujer el objeto de su presencia en aquel sitio. La jóven sintió que una ola de sangre subia á su rostro, y entornó sus largos párpados para velar la llama de su mirada.

—¡Viene á traerme los millones y el título deseado!—pensó.—Mi sueño se realiza.

A pesar de sus diez y ocho años, Lazarine tenia ya dominio bastante para ocultar sus mas

vivas impresiones. Su rostro recobró en seguida la expresion desdeñosa que le era habitual. Hizo una reverencia y se adelantó sonriente hácia el señor de la Tour du Roy.

XIV

La jóven, siempre sonriendo, le dijo:

—En cualquiera otra parte os diría: ¡sed bien venido!

—¿No lo soy aquí por ventura?—preguntó Roberto sorprendido por la ambigüedad de la frase.

—Ciertamente que lo sois, aquí como en todas partes; pero convendreis conmigo que no soy la llamada á haceros los honores en vuestro castillo.

Lazarine, volviéndose hácia el balcon que acababa de dejar, dijo:

—Ya lo veis, contemplaba vuestros dominios con admiracion. ¡Qué grande, qué magnífico es esto! Creía imposible que pudiera reunirse tanta frescura á tan severa magestad.

—¿Quiere decir—exclamó el marqués con inmensa alegría—que el castillo de la Tour du Roy os agrada?

—¡Oh! mucho mas que todo el mundo. Es el paraíso en la tierra.

—¿Teneis mas que quererle?—balbuceó el caballero.—Dignaos consentir en ello, y sereis dueña y señora de lo que os parece un paraíso.

Lazarine fijó sobre su interlocutor una mirada insistente.

—No acierto á comprender—dijo,—explicadme este enigma, señor marqués; os lo ruego.

Iniciada así la conversacion, Roberto de la Tour du Roy palideció, pero hizo un llamamiento á su valor, y contestó con voz que pretendia en vano dominar.

—Lo que quereis saber, señorita, acabo de decírselo hace un momento á vuestro padre, y puedo añadir que, autorizado por él y con su aprobacion, voy á repetíroslo. No os burleis así que me hayais oído, os lo suplico. Si pensais que soy un insensato, tened compasion de mi locura. Pensad que teneis mi vida en vuestras manos de niña. ¿Tengo culpa yo de no haber podido resistir el encanto victorioso que os rodea y que haria palpitar á las estátuas de mármol? ¡Ah! si tuviera veinte años menos, encontraria palabras elocuentes para expresar lo que pasa por mí, para conmoveros, para enterneceros... Pero, ¡ay! que hay nieve en mis cabellos y mi edad me impone la sencillez. Así, os diré sencillamente. Lazarine, os amo; os